





LO QUE NOS RODEA,  
LO OLVIDADO,  
LO RECORDADO



*Oswaldo Guerra Sánchez*



DISCURSOS DE INGRESO  
*Academia Canaria de la Lengua*

ISLAS CANARIAS  
2020

© Academia Canaria de la Lengua

© Oswaldo Guerra Sánchez

*Diseño de colección:*

Bernardo Chevilly

*Composición e impresión:*

El Productor, S. L. *Técnicas Gráficas*

Dep. Legal: TF. 478-2020

ISBN: 978-84-96059-61-0

Las creaciones culturales de una comunidad, y en particular su literatura, son el producto de una interacción entre el ser humano y el medio en que habita, tanto físico como social. Con frecuencia el fenómeno literario que se ha ido configurando al calor de estas sociedades ha descrito e interpretado la realidad circundante bajo el prisma de un bagaje cultural concreto. Pero solo desde el momento en que dicha comunidad vuelve esta mirada colectiva hacia sí misma, podemos hablar de una cultura madura, con identidad propia. Máxime si, transcurrido el tiempo, esta pasa a ser “comentada” por los propios agentes de esa comunidad, es decir, se constituye en tradición.

El poder de la palabra radica, entre otras cosas, en su capacidad para nombrar mundo, tanto el conocido como el presentido. Los pueblos primitivos descansaron sus saberes, conocimientos y observaciones ancestrales en palabras ritualizadas, textos orales con sus reglas propias que, salvando la aparente contradicción del término, constituyen por sí mismos *literatura*. Algunos de esos pueblos han pervivido a lo largo de generaciones gracias a la existencia de tales textos en sus memorias colectivas. Si no hubiera sido así, ya hubieran desaparecido ante la feroz cabalgada del mal llamado progreso.

Al conjunto de estos textos ancestrales se le ha dado el nombre de “mitología”. A través de ella, la comunidad transmite y preserva su particular cosmovisión. ¿Qué es el mito sino la esencialización de una cultura a través de las imágenes recurrentes que unen a una determinada comunidad? Poco importa que en origen esos relatos surgieran de los grupos dominantes de la

sociedad o de individuos de los estratos más humildes. La visión que revelan unos y otros termina convergiendo en un conglomerado de imágenes que se sienten como universales, por más que su mirada muestre un evidente sesgo sobre la realidad.

El advenimiento de la escritura, pese a lo que hubiera querido Platón, permitió que las comunidades altamente organizadas (aquellas que desde su propio centro se autodenominan “civilizadas”) perpetuaran su visión sobre sí para la posteridad. Pero también que la exportaran como mercancía aparentemente inofensiva a otros lugares alejados en el espacio y distantes en el tiempo.

En el seno de las civilizaciones de Occidente ha sido así probablemente desde la Antigua Grecia, ya sea con respecto a las manifestaciones que se cocían en su centro y sus inmediatas “periferias”, como a las que fueron incorporando a su órbita, en las que un posible diálogo entre iguales pasó a

convertirse, la mayoría de las veces, en un proceso de violencia cultural explícita cuya herencia sigue vigente en la actualidad.

No me interesa profundizar ahora en esos antagonismos, sino en los procesos que se producen en la literatura de una región en relación con la manera que aquella tiene de reflejar el mundo, de interactuar con el espacio y con los desarrollos históricos que le son inherentes, incluyendo como punto esencial el contacto de culturas, el mestizaje, ya sea producto de la violencia o no. O dicho de otro modo, hasta qué punto la literatura se convierte en una poderosa herramienta para la definición cultural de un país, entiéndase país en las dos primeras acepciones con que define el *DLE* a este término: 1. Territorio constituido en Estado soberano, y 2. Territorio con características geográficas y culturales propias, que puede constituir una entidad política dentro de un Estado.

Los procesos a los que me refiero,



generalmente consecutivos en el tiempo a medida que dicha sociedad va madurando por contacto, diálogo y autoafirmación en relación con otras sociedades, se pueden sintetizar en dos:

1. Adopción y adaptación de modelos externos de relato para la explicación de los paisajes humanos propios.
2. Creación y recreación de relatos y mitos autóctonos a partir de la relectura de mitos externos, pero a través de una construcción lingüístico-cultural particularizada.

El primer punto define un proceso perfectamente reconocible en el que la cultura más humilde se pliega a la más poderosa y recoge o adopta de aquella lo que mejor conviene para autoexplicarse en distintas áreas: la plástica, la arquitectura, la música y, por supuesto, la literatura. Se trata de fenómenos de aculturación sobradamente descritos, pero muy heterogéneos dependiendo de la evolución

histórica de cada región. Las sociedades coloniales, con o sin el mestizaje de las poblaciones indígenas, han dado lugar en ocasiones a culturas con idiosincrasias destacadas pero altamente dependientes de su metrópoli cultural.

Pero puede ocurrir que, gracias al acopio de materiales externos, a la interacción de estos con los internos, y finalmente a la creación de una nueva realidad a través de una visión renovada, se produzca una especial conjunción, un momento de interiorización que dé como resultado una nueva cultura, gracias a un proceso diacrónico imprevisible. Este segundo proceso describe a una sociedad que ha construido definitivamente su propia emancipación cultural.

\* \* \*

Las Islas Canarias, como cualquier territorio, tienen una precisa ubicación en el mundo. Por mucho que el concepto geográfico de “paralelo” se defina como

una “línea imaginaria circular” en el globo terráqueo, la posición del archipiélago es totalmente real y siempre la misma, en torno al paralelo 28. Sin embargo, aunque siempre hemos estado aquí y nunca nos moveremos de aquí, solo en las cartografías de la Edad Media empezamos a aparecer para una Ciencia llamada Geografía Física.

Pero resulta curioso recordar que mucho antes de que la Ciencia nos ubicara en esos mapas, ya las islas existían, aunque no estuviera definida su posición en el globo terrestre. Sabemos más o menos que las fuerzas de la naturaleza empezaron a crear este archipiélago hace más de 15 millones de años, pero paradójicamente las islas no existieron hasta que un relato mitológico las hubo de nombrar.

Distintas potencias de la Antigüedad hablaron de unas tierras situadas hacia Occidente, de unas islas maravillosas que han ido cambiando de posición a medida que esas culturas ampliaban sus horizontes.

Las Hespérides, los Campos Elíseos, las Islas de los Bienaventurados, la Atlántida y demás creaciones literarias desbordaron el Mediterráneo, se proyectaron más allá de las Columnas de Hércules y acabaron por situarse de forma imprecisa en el Océano Atlántico, justo donde existen cuatro grandes archipiélagos, de norte a sur, Azores, Madeira, Canarias y Cabo Verde, así como las inhóspitas islas Salvajes. Esta vasta región se bautizó desde el siglo XIX con el nombre de Macaronesia, término griego que alude justamente a sus referencias míticas, en tanto “islas de la felicidad”.

Las Afortunadas mitológicas citadas desde Estrabón, Plutarco o Filóstrato han terminado por ser parte indisociable, en mayor o menor escala, de las percepciones culturales de dichos archipiélagos aunque no se refirieran, en principio, a ellos. Es un proceso análogo al ocurrido con otras culturas que han sido “descubiertas” por potencias del territorio europeo a partir

de 1492. Pensemos, por ejemplo, sin ser prolijos, en los mitos tardo-medievales que hablaban de una California, una Patagonia o un Eldorado imaginarios. ¿Acaso esas mitificaciones no han entrado a formar parte de lo propio en las distintas realidades culturales americanas?

Cuando Plinio, Iuba, Ptolomeo o, ya en el siglo VI, Isidoro de Sevilla, concretan esos espacios míticos en islas como las Canarias, están poniendo la primera piedra de unas literaturas insulares gracias a construcciones imaginarias perfectamente identificables.

A igual que en Canarias, en el resto de los archipiélagos macaronésicos se ha dado la circunstancia de que los mitos grecolatinos asociables con ellos han pasado a formar parte de la propia cultura literaria de esas islas. Para Cabo Verde, por ejemplo, ya el gran poeta portugués Luis de Camões (1524–1580), en el Canto 5º, de *Os Lusíadas* (1572), identificaba las Hespérides con aquellas islas:

Entrámos, navegando polas filhas  
Do velho Hespério, Hespéridas chamadas;  
[...]  
Ali tomámos porto com bom vento,  
Por tomarmos da terra mantimento.  
Àquela ilha aportámos que tomou  
O nome do guerreiro Sant'Iago...

Pero Camões no era isleño. Su visión seguía siendo la del Otro, la del que mira desde fuera, aunque hubiera pisado alguno de los archipiélagos regentados por la corona portuguesa.

Llegados a este punto, la pregunta que debemos hacernos es: ¿cuándo empieza una cultura a existir por sí y para sí misma? ¿En qué momento la literatura crea una realidad propia, construye su peculiar territorio, el *espacio insular* para el caso de estas islas?

Hubo una persona que tuvo el mérito de ser el primer isleño que, ya en el siglo XVI, escribiera sobre el conjunto de los archipiélagos macaronésicos. Se trata de Gaspar Frutuoso, el humanista nacido

en Ponta Delgada, Azores (1522-1591), autor de la monumental *Saudades da terra*, conformada por seis apretados volúmenes escritos con una visión de conjunto sobre Canarias, Madeira, Azores y Cabo Verde.

Como ya señaló Nilo Palenzuela en su discurso de ingreso en esta Academia, Gaspar Frutuoso, profundo admirador de Camões, representa el primer escritor insular que da cuenta de una realidad peculiar y común en esta vasta región atlántica. Pero hay algo en su monumental obra que llama la atención, además del señalado tomo en el que se refiere al archipiélago canario. En el volumen V se rompe la dinámica expositiva del libro e inserta un relato de ficción titulado *Historia de dos amigos en la isla de San Miguel*, a medio caballo entre lo pastoril y lo caballeresco. Como suele ocurrir en los autores isleños, este tomo de tintes autobiográficos, escrito hacia 1570, no verá la luz hasta 400 años después. Una fuerte voluntad de estilo, un

profundo amor a la tierra y una necesidad de contar la propia realidad hacen de este el primer autor azoriano, pero también, como ya se adelantó, el primer creador suprainsular de la Macaronesia.

Fijémonos en estos versos del libro V, dedicados al poeta bucólico portugués Bernardino Ribeiro, cuyo apellido sirve a Frutuoso para un juego poético, al uso de la época, sobre las virtudes del homenajeado en un contexto paisajístico de arroyo y mar que bien pudiera haberle inspirado sus Azores, con magua incluida:

Vai mui alto teu estilo  
e parece indo rasteiro;  
sem segundo, nem terceiro  
pareces o grande Nilo,  
na Terra sem igual ribeiro.  
Ao mar da maior mágua  
vão teus choros a parar;  
de lá vêm, lá vão tornar;  
e, por ser mar de tanta água,  
não o pudeste esgotar.



Sin embargo, a pesar de la posición de Frutuoso, en esa todavía mítica región macaronésica, solo en Canarias se da tempranamente la circunstancia adecuada para que un oriundo del país transforme la mirada externa mitologizante en una mirada interna, desde el punto de vista creativo.

Sin lugar a dudas, el primero que tuvo esa visión fue Bartolomé Cairasco de Figueroa (1538-1610), seguro conocedor de Camões y contemporáneo suyo, al igual que de Frutuoso. Fue él, como es sabido, quien puso la primera piedra de la literatura canaria, en gran parte gracias al argumentario mitológico grecolatino.

El hecho no por repetido deja de ser verdaderamente excepcional. ¿Cómo es posible que una persona, nacida pocas décadas después de la anexión de Canarias a la Corona de Castilla, tuviera la capacidad suficiente para apropiarse de la mitología mediterránea y hacerla suya hasta el punto de fundar una nueva realidad?

Entre las posibles respuestas que me rondan la cabeza hay una que sigue cobrando más fuerza cada vez que la analizo. El milagro de Cairasco se produjo no solo porque había nacido en las islas, en una nueva sociedad, sino porque era un mestizo, un puente vivo entre el mundo de los antiguos canarios y los canarios nuevos, entre lo indígena y lo europeo, en ese batiburrillo de ascendencia palmera, italiana y portuguesa.

Voy a recordar someramente algunos hitos de la obra cairasquiana en los que crea un nuevo territorio y lo proyecta a la posteridad. En el Tratado segundo del *Templo Militante* (1603), su obra magna, Cairasco resume todo un ideario estético y presenta una declaración de intenciones, cuando menos, sorprendente para la época. El punto de partida es, por supuesto, el prestigio de la tradición grecolatina, al citar la procedencia mítica de las islas, *leitmotiv* desde entonces de buena parte de nuestros creadores. Dice ahí:

Pasando está de las Columnas de Hércules  
a veintisiete grados de la línea  
cerca de la región de los al-árabes  
las Fortunadas Ínsulas Atlánticas  
a quien llamaron ya Campos Elíseos  
por su temperamento y ser tan fértiles.

Sin embargo, a poco que avanza el conglomerado mitológico, sin dejar de ser el escenario de prestigio por excelencia, pasa a mostrarse como un significativo espacio de contraste. A ese edén mítico de Occidente hay que incorporar este nuevo lugar, el verdadero territorio de Canarias, que el propio Cairasco será el encargado de describir por primera vez. El procedimiento que utiliza para ello es doble. Por un lado, crea un nuevo territorio para la literatura y, por otro, le otorga el prestigio necesario al compararlo con el grecolatino y, lo que es más llamativo, al permitirse el lujo de otorgarle atributos aún más distinguidos.

Entre los espacios que crea para incorporarlos a la literatura, el más

estudiado ha sido el de la Selva de Doramas, un paisaje humano que antes no existía para la cultura y que Cairasco nos legó hasta el punto de convertirlo en elemento recurrente y fundamental para la literatura canaria durante siglos.

Pero en la obra de Cairasco ocurre algo más, algo excepcional que ilustra lo que antes anuncié a propósito de su mestizaje. Porque la realidad que funda el canario, el lugar que describe con el objeto de ser mitificado, no deja de ser un paisaje cultural, un espacio habitado por humanos. Y esos humanos son los antiguos canarios, aunque estén idealizados:

Siendo los hombres sanos, fuertes, ágiles,  
que el gofio, los mocanes y bicácaros  
las comidas silvestres y marítimas  
eran entonces de mayor sustancia  
que en este tiempo lleno de miserias,  
jamón, perdices y cebadas tórtolas,  
y era de más valor la piel selvática  
la empleita de los árboles palmíferos  
que ahora holanda, terciopelo, límiste.

Idealizados también en su dimensión épica, personificada en Doramas, aquel guerrero de ascendencia popular que, a pesar de haber existido históricamente, en la práctica también ha sido creado por el escritor.

Permítanme una última cita, por la ilustrativa comparación que hace de Gran Canaria y de Doramas nada más y nada menos que con Troya, con su mítico rey y con el asedio protagonizado por el mismísimo Aquiles:

La principal, llamada Gran Canaria,  
del orgullo español fue defendiéndose  
más que del griego la ciudad de Príamo  
cuando la conquistó el furor argólico.

En fin, Cairasco desarrolla y sustituye el relato mítico de Occidente para fundar el suyo propio. Y lo mismo hace con otros relatos épicos. En la *Jerusalem Libertada*, como ya han señalado estudiosos como Cioranescu, Manuel Padorno, Eugenio Padorno o Nilo Palenzuela, la gesta de la cristiandad en

Tierra Santa narrada por Torcuato Tasso, se atreve a traducirla incluyendo octavas reales que hablan de Canarias como si estas fueran la verdadera Tierra Prometida. La naturaleza de la incrustación de esa pieza de autoría propia en la *Jerusalem Libertada* es radicalmente distinta de la de Gaspar Frutuoso en sus *Saudades da terra*. Mientras que en el azoriano el injerto es de género textual y de tono literario en su propia obra, en Cairasco el tronco en el que se injerta es el edificio espiritual y literario de Occidente, con la esperanza de que florezca un fruto distinto de una rama nueva.

Dije antes que una literatura culturalmente significativa se fija por los lectores generación tras generación y por quienes la han convertido en literatura comentada. En efecto, el legado cairasquiano fue leído, comentado y seguido por escritores de siglos posteriores. Ejemplos numerosos hay de literatura canaria en la que estos mitos adoptados, verdaderos pretextos insertos en

un contexto en permanente construcción, han conformado nuestro potente imaginario cultural. Bento y Travieso, Graciliano Afonso o Ventura Aguilar fueron algunos de sus seguidores, a caballo entre los siglos XVIII y XIX, sin olvidar que la obra del canónigo fue modelo para coetáneos suyos como Antonio de Viana y Silvestre de Balboa, grancanario fundador de la poesía cubana.

Si volvemos a nuestros archipiélagos vecinos, no existe tempranamente en ninguna de sus islas una figura que se haya apropiado de la visión mitológica externa para crear un relato fundacional propio. Habría que llegar hasta finales del siglo XIX y durante el siglo XX para encontrar movimientos literarios que utilizaron las fuentes clásicas para reivindicar la fundación de su primigenio origen mítico.

En Cabo Verde, en la década de 1920, dos autores de la nueva literatura, José Lopes da Silva (S. Nicolau, 1872–1962)

y Pedro Monteiro Cardoso (Fogo, 1883–1942) retomaron el mito de las Hespérides en obras claves de ese periodo colonial. Pedro Cardoso publicó *Jardim das Hespérides* en 1926 y *Hespérides (Fragmento de um poema perdido em um triste y miserável naufrágio)* (1930). Y José Lopes, editó en 1929 *Jardim das Hespérides (Sonetos do livro Hesperitanas)* (1929), *Hesperitanas (Poesias)* (1933) y *Alma Arsinária (Poemas em aditamento do livro Hesperitanas)* (1952).

La utilización del mito para José Lopes y Pedro Cardoso, tal como lo ha visto la crítica caboverdiana, funda la realidad del archipiélago antes de la llegada de los portugueses, es decir, en tiempos míticos, *in illo tempore*. Escribe José Lopes en 1933:

Das vastas extensões assim submersas  
 Então ficaram essas nossas ilhas  
 E as outras suas célebres irmãs,  
 Como elas, pelo Atlântico dispersas.  
 As Hespérides, de Héspero as três filhas,  
 Por essa mesma tradição,



Deram o nome às nossas, com razão  
Chamadas, pois, Ilhas Hesperitanas.  
[...]  
É esta, pois, Irmãos Caboverdeanos!  
A história original da nossa terra,  
Que esse segredo do Passado encerra...

En esas décadas de lucha anticolonial contra Portugal, la raíz imaginaria sirvió para justificar una identidad singularizada para Cabo Verde, en un proceso muy distinto al de las otras islas administradas por Portugal. Quizás convenga recordar lo siguiente: en Azores y Madeira se hablan variedades dialectales del portugués, al igual que en Cabo Verde, donde esta lengua es oficial, con la particularidad de que está extendido por todo el país el *crioulo*, una especie de mezcla entre el portugués y otras lenguas del oeste de África. Cabo Verde tiene también una notable diferencia: su población está formada por colonos europeos desde el siglo XV y esclavos llevados por aquellos desde el continente africano por lo que, al

igual que en Canarias, se ha producido un violento mestizaje, aunque de naturaleza distinta. Este dato hubo de ser clave para el desarrollo cultural de estos dos últimos archipiélagos.

Estamos de nuevo en Canarias. ¿Quién es el artífice moderno de la creación de nuestras islas fuera del tiempo, en la esfera del mito? Sin duda alguna un poeta nacido en una modesta villa de Gran Canaria, en una tierra que ya había sido creada por Cairasco por estar situada en el mismo centro de aquel paisaje cultural bautizado por él como Selva de Doramas. La localidad es Moya, en el corazón de ese territorio. El poeta es Tomás Morales.

La construcción de la identidad cultural en Morales posee, al menos, dos vertientes. Por un lado, la lectura crítica del material mitológico grecolatino y, por otro, su reescritura de acuerdo con la nueva realidad cultural canaria. Desde luego, como ya se ha dicho, el contexto modernista imaginativo

y libertario generó el caldo de cultivo adecuado para que Morales lograra esbozar su proyecto literario, pero su clarividencia y empeño lo llevaron a diseñar un proyecto único que arrastrará a la poesía canaria hacia una posición singularizada.

En el otro extremo del mismo edificio que empieza a sustentar Morales se encuentra alguien que pasa más desapercibido, pero que está encalando poco a poco, a veces de modo impaciente, las paredes de la casa canaria. Se trata del taciturno e irascible Alonso Quesada. Su visión de la realidad circundante, tanto en su poesía como en sus prosas, documenta y traduce la vida isleña hasta el punto de crearla, de recrearla, de construirla de forma autónoma.

El cuerpo y el alma de la cultura insular han terminado de cimentarse. Morales y Quesada, Quesada y Morales, hermanos en las letras. Es a partir de entonces cuando irrumpe la pléyade de nuestra literatura: los hermanos Millares Cubas, Claudio de la

Torre, Saulo Torón, Pedro Perdomo Acedo, Pedro García Cabrera, Agustín Espinosa, Juan Manuel Trujillo y muchos más.

¿Ocurre algo similar en los territorios hermanos de la Macaronesia, territorios con destinos similares o paralelos al nuestro? Aunque no con la misma intensidad ni al mismo tiempo que en las Islas Canarias, sí con numerosas concomitancias desde un punto de vista conceptual.

En el archipiélago de las Azores, colonizado sistemáticamente por la corona de Portugal a partir de 1431, existió un incipiente movimiento de afirmación nacional que tuvo como momento clave en torno a 1892, cuando el político Dr. Aristides Moreira da Mota presenta en el Parlamento portugués un proyecto de Autonomía para Azores que culminará en el decreto descentralizador de 1895. Los avatares de la historia no permitieron que esa autonomía se llevara entonces a la práctica, algo que sí ocurriría tras la caída de la dictadura

salazarista en 1974, con una cronología parecida a la de Canarias. El Estatuto de Autonomía de Azores se aprueba en 1980 y el de Canarias en 1982.

En el terreno de la literatura, durante el siglo XIX, este archipiélago había dado al mundo una de las figuras más importantes y trascendentales de la poesía escrita en portugués. Se trata de Antero de Quental, poeta considerado maestro de las nuevas generaciones literarias. Pero, por su formulación creativa de la idiosincrasia isleña azoriana, el primer puesto relevante lo ocupa un discípulo suyo, el poeta simbolista Roberto de Mesquita (1871-1923), un autor que, como ocurriera con Domingo Rivero en las Islas Canarias, no publicó libro alguno en vida. Su obra cumbre, *Almas cativas*, no vio la luz hasta 1931.

Su poesía es reivindicada pocos años después, en 1939, por otro escritor, Vitorino Nemésio, artífice, junto a Luis Ribeiro, de una nueva conceptualización que vendría a

poner el acento en el valor autóctono de la literatura de sus islas, a través del concepto de “azorianidad”. Los documentos teóricos que sustentan esta conceptualización son: *O Açoriano e os Açores* (1928) y *Açorianidade* (1932), de Vitorino Nemésio, y *Subsídios para um ensaio sobre a açorianidade* (1936), de Luís Ribeiro.

Esa “azorianidad” de Nemesio tiene que ver con la labor de los creadores y pensadores en una pequeña *isla aislada*, muchas veces brumosa y batida por temporales, con una existencia condicionada por el mar y la humedad, por la lejanía y el aislamiento. Dice el propio Nemésio en 1932:

Como homens, estamos soldados historicamente ao povo de onde viemos e enraizados pelo habitat a uns montes de lava que soltam da própria entranha uma substância que nos penetra. A geografia, para nós, vale outro tanto como a história, e não é de balde que as nossas recordações escritas inserem uns cinquenta por cento de relatos de sismos e enchentes. Como as sereias

temos uma dupla natureza: somos de carne e pedra. Os nossos ossos mergulham no mar.

¿Podríamos aplicar esta reflexión a Canarias? Indudablemente sí.

Roberto de Mesquita, reivindicado como decimos, por Nemésio, expresa así su azorianidad en sus poemas, que tanto nos recuerdan a nuestros poetas modernistas:

Numa tarde outonal, cinzenta, em que se  
perde  
A linha do horizonte em névoas afogada,  
E em que um mar de tormenta, encapelado  
e verde,  
Se vem despedaçar na rocha alcantilada...  
Linda tarde de estio. O mar infindo  
É um sereno lago transparente.  
Um enorme vapor que vai saindo.  
Vomita negro fumo ansiosamente.

Aliento contenido en estos poemas que no dejan de recordar a nuestro querido Tomás Morales. Incluso en este otro poema, en el que detiene su mirada, bajo el influjo de la imaginación simbólica, en la casa, tal

como hiciera Tomás en su poema dedicado al barrio de Vegueta. Dice Mesquita:

ABANDONADA

A velha casa, onde eu morei outrora  
E que há muito está desabitada,  
Silenciosa envolveu-me, ao ver-me agora,  
Num triste olhar de amante abandonada.

Com que amargor no íntimo lhe chora  
Uma alma sensitiva e ignorada,  
Que não tem voz para queixar-se, embora  
Se veja só, de todos olvidada!

Casa deserta e fria, que envelheces  
Ao desamparo, sem uma afeição,  
Bem sinto que me vês, que me conheces

E relembras os dias que lá vão...  
Eu esqueci-te, amiga, e tu pareces  
Toda magoada dessa ingratidão.

El propio Vitorino Nemésio en 1944, bajo un impulso poético encaminado a la recreación del mundo arquetípico de sus islas, publica su obra de ficción capital,



*Mau Tempo no Canal*, obra cumbre de la azorianidad que tanto defendió en vida.

En la lusofonía archipiélagica del Atlántico portugués, al tiempo que en las Azores, el caboverdiano Baltasar Lopes da Silva publica también una novela fundacional para la literatura de este país. *Chiquinho* aparece en 1947, aunque fue escrita en 1936. La novela expresa por primera vez y de forma contundente e innovadora, ciertos aspectos comunes a las culturas insulares macaronésicas: el binomio aislamiento y pobreza, que expulsa a los oriundos del país a tierras americanas, la migración interna del campo a la ciudad, la presencia del mar que marca el ritmo de la vida cotidiana, así como el aislamiento entre unas islas y otras y de la metrópolis.

Pero hay algo que diferencia el trasfondo cultural de esta novela de las realidades de los otros archipiélagos. Por un lado, la herencia del tráfico de esclavos y, por otro, la especial impronta lingüística. Como dijimos, Azores

y Madeira no tenían población autóctona antes de la llegada de los portugueses. Cabo Verde tampoco, pero la mayor parte de sus islas fueron habitadas por población negra procedente del continente africano, en el fatídico contexto del esclavismo. Estos son los protagonistas de *Chiquinbo*, los mestizos, los pobres, los genuinos caboverdianos. Por cierto, en esa ruta esclavista que tenía su punto de apoyo en Cabo Verde, tanto Canarias como Madeira fueron parada obligada ante la demanda de mano de obra para sustentar los cultivos de caña de azúcar.

El otro elemento que da una impronta especial a esta novela, derivado también de las peculiaridades étnicas de Cabo Verde, es su carácter lingüístico. La incorporación de la lengua criolla caboverdiana adquiere fuerte presencia en *Chiquinbo* como otra de sus principales características en tanto obra fundacional. Recordemos que la novela aparece publicada en una revista clave para entender el afianzamiento de

la “caboverdianidad”, en paralelo a la “azorianidad” del archipiélago del extremo norte macaronésico. *Claridade*, codirigida por el propio Lopes da Silva, y por Manuel Lopes y Jorge Barbosa, inicia su andadura en 1936 en la isla de Mindelo. Al calor de un movimiento de emancipación nacional, la revista se erige en el vocero de quienes pretendían dignificar la cultura isleña a través de sus valores peculiares, independientes del canon portugués. Un año antes, el propio Jorge Barbosa había dado a la imprenta un libro considerado antecedente inmediato de este movimiento y, en lo que respecta a la poesía, junto con *Chiquinbo*, libro fundacional de la caboverdianidad: *Archipiélago*.

¿Estarán nuestras islas intercomunicadas por debajo del mar, como nos recuerda Nilo Palenzuela a propósito de unas declaraciones del antillano Derek Walcott? Quizás sea esa la tesis que defiende la investigadora Juliet Perkins del King’s College de Londres, al referirse no a la en apariencia inexistente

insularidad de Herberto Helder, sino a su implícita isleñidad. Herberto Helder es el más destacado poeta portugués de la segunda mitad del siglo XX. Nació en Madeira pero, excepto en su prosa memorialista, no parece haber rastro de su isla natal en su obra. O tal vez sí. Perkins ha rastreado el referente archipelágico de Helder, hasta el punto de concluir que su obra se configura y acota conceptualmente como un archipiélago. Se sustenta en varias citas del autor, pero quiero destacar esta: “A minha posição é esta: todas as coisas que parecem possuir uma identidade individual são apenas ilhas, projecções de um continente submarino, e não possuem contornos reais”.

El esfuerzo de los intelectuales y creadores de cada país insular ha logrado que sus literaturas nacionales hayan ganado cada vez más visibilidad. La creación de sociedades de fomento, editoriales, cámaras culturales, academias, institutos culturales, repositorios y demás iniciativas han

permitido que cada una de estas culturas insulares se vaya asentando cada vez más. Excepto Canarias, que ya tenía universidad en el siglo XIX, el resto de los archipiélagos no pudo contar con una consolidada enseñanza superior hasta los tiempos de las autonomías: Azores en 1980, Madeira en 1988, Cabo Verde en 2006. Algo llamativo en territorios poblados durante los últimos cuatro siglos.

Es cierto que nuestros archipiélagos han vivido la mayor parte de su historia alejados unos de otros. Hemos sobrevivido al dictado de las rutas marinas que nos han ido alejando o acercando según soplaban los alisios. Madeira y Canarias tuvieron una estrecha relación en sus inicios coloniales, con trasiego de mercancías y mano de obra. Desde hace unos años Cabo Verde cuenta con asesoramiento canario en materias de educación y salud, así como notables inversiones turísticas. Por fin, una compañía aérea canaria comunica entre

sí los cuatro archipiélagos en esta vasta región atlántico-africana. Esperemos que el flujo cultural también abra las puertas para seguir estudiando nuestras respectivas culturas, esas desapercibidas y desconocidas hermanas.

\*\*\*

Termino con el anhelo de que estas islas hablen entre sí gracias a los flujos marinos, a través de los vientos que compartimos, y que sigan recogiendo de las costas con las que siempre han dialogado, las europeas, las africanas y las americanas, los frutos de esta peculiarísima mixtura cultural. Porque saber dónde estamos nos permitirá no olvidar y, de este modo, poder recordar.



